

(Transcripción)

Bratislava (Parlamento), 10 de mayo del 2001

Chiara a un grupo de parlamentarios eslovacos:

"La fraternidad en política"

(...)

El Movimiento de los Focolares (...) siempre ha mostrado interés por el mundo de la política. En realidad ya desde los inicios, en 1943, en Trento, la lectura de las Palabras del Evangelio nos había empujado a amar a cualquier prójimo, especialmente a los más necesitados; más tarde en Roma, con la participación del honorable Iginio Giordani -una gran personalidad poliédrica: ecumenista, periodista e histórico italiano-, y de una docena de diputados del Parlamento italiano, este amor se abrió a manifestaciones más grandes, en torno a la *polis*, fundamento de una política nueva. El mismo Alcide De Gasperi, primer jefe del gobierno italiano después del final de la segunda guerra mundial, tocado por esta espiritualidad nuestra, reforzó su compromiso de construir, con Adenauer y Schumann, la Europa unida.

En 1959, además, se constituyó en Roma el llamado "Centro Santa Catalina" -porque Catalina tenía que ver con los políticos-, punto de convergencia para quien quisiera hacer una política en el espíritu evangélico de la unidad.

Pero ha sido necesario esperar hasta 1996, en ocasión de un encuentro de políticos en Nápoles, para ver nacer el Movimiento de la Unidad, justamente esta ramificación política.

En estos últimos años ha ido tomando cuerpo en diversas naciones de Europa y fuera de ella, como en el Brasil, por ejemplo, mientras que se habló de ello -fui también yo, he sido invitada- en Estrasburgo a políticos del Parlamento europeo y también antes en la ONU.

Después, en junio del 2000, recientemente, en un congreso internacional de unos 800 políticos en Castel Gandolfo, cerca de Roma, se tomó conciencia que la fraternidad podía convertirse en un punto de encuentro auténtico entre todos, tanto en el método como en los contenidos de la política. Quien de nosotros tenía referentes religiosos, lo veía como una expresión para realizar en política de la experiencia de descubrimos todos hijos de Dios y por tanto hermanos entre nosotros; quien se refería laicamente, como se dice hoy, al proyecto de la modernidad, políticamente expresado entre luces y sombras por la Revolución Francesa -libertad, igualdad, fraternidad-, la captaba en las raíces profundas de todo ser humano, aunque entre aquellos objetivos la fraternidad había sido la más desatendida en su aplicación.

Ahora se descubría que el valor que podía acomunar a todos eran justamente la fraternidad, sinónimo de unidad, aquella unidad que es también la finalidad de nuestro Movimiento. Y en aquel congreso nos comprometimos a conocer mejor este espíritu nuestro para poderlo aplicar mejor en la política.

Más tarde, el 15 de diciembre pasado, se habló de ello en la sala San Macuto del Parlamento, una sala del Parlamento italiano, delante de los presidentes de la Cámara y del Senado, delante de representantes del gobierno y de la oposición, alcaldes, administradores, dirigentes y militantes de los partidos. Y la acogida fue unánime, tanto que se pensó en dar inicio una serie de encuentros regulares de profundización, de un par de horas al mes, en un local a pocos pasos del Parlamento. Estos encuentros tienen la finalidad de ayudar y ayudarse a ser antes que nada personas que, en la fraternidad, creen en los valores profundos, eternos del hombre, y después se mueven en la acción política. Nosotros queremos que primero nos sintamos hermanos, seamos todos una única familia, después cada uno trabaja en su propia acción política.

El Movimiento de la Unidad, en el cual participan militantes de los más diversos partidos, desde la derecha a la izquierda, no quiere fundar ciertamente un nuevo partido. Propone solamente y da testimonio

de un estilo de vida que permite a la política alcanzar del mejor modo posible su finalidad: el bien común en la unidad del cuerpo social. Porque la fraternidad ofrece posibilidades sorprendentes. La misma consiente, por ejemplo, comprender y hacer propio también el punto de vista del otro, de manera que ningún interés, ninguna exigencia se echen en falta.

La fraternidad consiente encaminarse juntos y valorar experiencias humanas que de otro modo corren el riesgo de acabar en conflictos incurables. La fraternidad armoniza las experiencias de renacidas autonomías locales, de los gobiernos ciudadanos que tanto contribuyen a la maduración de la democracia, con un sentido de plena pertenencia a la patria. La fraternidad ilumina sobre el deber de ser europeos, en una Europa que -por historia y cultura- va desde el Atlántico a los Urales. Consolida el tener conciencia de la importancia de los organismos internacionales y de todos aquellos procesos que tienden a superar las barreras y realizan importantes etapas hacia la unidad de la familia humana. La fraternidad consiente además introducir nuevos principios en el trabajo político cotidiano, hace de manera que nunca se gobierne contra alguien o siendo sólo la expresión de una parte del país. Hay quien tiene cargos en el gobierno y quién en la oposición: pero sólo juntos garantizan la soberanía de los ciudadanos.

Las fraternidad permite además que se viva plenamente la relación entre el elegido y los ciudadanos de su territorio: lugar privilegiado de un diálogo que hace surgir los programas para la colaboración entre sociedad civil y política. E igualmente, por la fraternidad que da paz y serenidad, los partidos encontrarían más fácil renovarse y redescubrir la grandeza de su misión, porque ninguno de ellos ha nacido por casualidad, si no por una exigencia histórica, por una necesidad compartida de afirmar un valor; y serían empujados a poner en evidencia la propia inspiración original y los propios valores fundacionales.

Al mismo tiempo, cada partido reconocería los valores y las tareas de los otros partidos estimulándolos, también a través de una crítica, aunque cargada de amor y de estima, a expresar su verdadera identidad y a desarrollar la acción que el bien común espera de ellos.

Los adherentes al Movimiento de la Unidad se comprometen en todo esto, mientras buscan de llevar a la practica realmente la aparente paradoja... aquí señores no se asusten ya que diciendo estas cosas también en Italia alguno se asustó, en cualquier caso es un ideal al cual hemos de tender siempre. Los adherentes al "Movimiento de la Unidad" se comprometen en todo esto, mientras buscan de llevar a la práctica sin ambages la aparente paradoja de amar el partido del otro como el propio, porque el bien del país necesita del trabajo de todos. Por lo tanto, la fraternidad no sería un "plus" de la política, si no la sustancia, y debería definir los métodos y los objetivos. Sólo así la política adquiriría su verdadero sentido: de servicio a la comunidad, con el ciudadano como sujeto activo.

Esta es -me parece- la política que vale la pena de ser vivida, que aumenta la estatura de aquellos que se comprometen en ella y da sentido a toda su vida, haciéndolos punto de referencia seguro para los ciudadanos, en especial para los más débiles que les están confiados.

Es esta, creo, la verdadera política competente que cada país necesita: el poder, en realidad, confiere la fuerza, pero es el amor el que da la autoridad.

Sólo sería necesario, por lo tanto, retomar el propio compromiso político con esta nueva mirada, con un alma nueva, reforzada también en los creyentes por la confianza que la eficacia de las propias acciones es multiplicada por la intervención de Dios en la historia, por su Providencia que acompaña con su amor y su luz a cada uno y a todos juntos; que abre caminos impensables; que crea las condiciones para la solución de aquellas situaciones más difíciles y aparentemente sin salida. Será él, al final de los siglos, quien recogerá todo lo que se haya hecho, que valorará incluso las pequeñas cosas construidas con fatiga y en la adversidad, quien transfigurará el trabajo de cada uno en los "Cielos nuevos" y en la "Tierra nueva", aquella ciudad perfecta a la cual, en lo profundo del propio corazón y a su manera, cada uno anhela.

(...)